

ha penetrado el corazón... y su semblante... ¡Oh! ¡Dios me envía siempre personas que se les parecen!

Pero no por esto se le ocurrió la idea de restituir la suma robada. Antes por el contrario, la anudó en un extremo de su pañuelo.

Al volver á su silla decía:

—Sí... sí... será preciso que hable al rey.

Apenas se hubo sentado, su cabeza se inclinó sobre el pecho, quedando otra vez sumida en un sueño pesado.

Cuando despertó, la luz del día inundaba la habitación de claridad. Sus ojos se dirigieron primero hacia Celestina, cuya encantadora cabeza descansaba sobre su brazo doblado. Su sueño era el de un ángel. La anciana se frotó los ojos. —¡Oh!...—dijo—¡yo, sueño!

Y retiró su silla. Parecía que un espectro se hubiese presentado ante sus ojos azorados.

Como la visión no se apartaba de su vista sorprendida, huyó al otro extremo del aposento, donde estaba el colchón de Julián.

Sus ojos se fijaron en el pálido y hermoso semblante del seminarista, pero al verle exhaló un grito prontamente reprimido, cayendo de rodillas.

Todo su cuerpo temblaba como una hoja agitada por el viento.

—¡Estos niños salen de debajo de la tierra!— murmuró con acento de profundo espanto—esta noche he visto á los tres... ¡á los tres!... ¡Señor, tened piedad de mí. Hablaré al rey... ¡juro hablar al rey!

Arrastróse como pudo hasta la puerta; y estando en el dintel, deslizó una mirada de horror hacia el catre y el colchón.

Sus manos trémulas se extendieron delante de sus ojos, y atravesando el corredor como cuando

se emprende la fuga, dejóse caer en medio de su pobre habitación, murmurando á través de sus dientes cerrados:

—Hablaré al rey... lo he prometido á un sacerdote... ¡juro hablar al rey!

IV

El despertar

Después que la anciana Berta Giudicelli hubo salido del aposento, éste permaneció en el más profundo silencio. Sólo se oía el soplo alternado de las respiraciones de los dos adolescentes.

Por lo demás, todo se hallaba en el mismo estado en que lo encontró Baldemonio cuando se refugió en él, penetrando por la ventana mal cerrada. Excepto la sotana y el breviario, que ya no estaban allí, y el cambio de posición de Celestina, tendida ahora en su cama, nada había desordenado. La mesa y las sillas ocupaban ahora el mismo lugar, y Berta, obedeciendo á ese instinto maquinal de orden común á todas las ancianas, había entrado el brasero.

Ahora que la luz penetraba de lleno, veíanse las imágenes piadosas pegadas ó pendientes de las paredes.

La tarde en que los dos hermanos habían comido juntos bajo el emparrado de la hostería del Corpo-Santo, la tarde en que la animosa Celestina había empuñado la carabina de un gendarme para salvar la vida á Loredano Doria, apoderóse de los dos jóvenes un desaliento taciturno, en cuanto se desvaneció la exaltación producida por el peligro.

Celestina y Julián, altivos en su indigencia, se habían sentido humillados por el ofrecimiento de una recompensa.

La tierna sonrisa de Angélica ¿no había paga-

do lo suficiente á Julián? Y ¿qué cosa era superior á la mirada que Loredano fijara en Celestina?

Partieron para Nápoles. Cuando no se les rechaza, los sueños encantadores vuelven. A lo largo del camino no se formaron más que ilusiones placenteras.

Cuántas veces Julián y Celestina, sorprendiéndose mutuamente sus pensamientos, se dijeron á media voz y ruborizándose:

—¡Tú piensas en ella!

—¡Tú piensas en él!

Al llegar á Nápoles, mientras que el buen Manuel les buscaba un asilo para albergarse, ellos se escaparon, preguntando por las calles que conducían al palacio Doria.

Este palacio no era difícil de encontrar.

Muy luego llegaron á la plaza del Espíritu Santo, en medio de la magnífica calle de Toledo, que es el orgullo de Nápoles.

Al ver el palacio Doria se deshicieron en lágrimas.

Allí estuvieron mirando entrar y salir nobles señores que iban en soberbios carruajes, hasta que Angélica y Loredano salieron en su coche para trasladarse al palacio real.

Celestina dijo:

—¡Parece más hermoso!

—¡Y ella más bella!—murmuró Julián.

Los dos sonrieron entre lágrimas.

Hacía dos horas que el anciano Manuel les aguardaba en un lugar señalado de antemano.

Les había alquilado, pero sólo para ellos, un cuarto de la casa de los Folquieri.

—Yo—dijo—tengo mi habitación en otra parte.

Desde aquel día durmió en una covacha del barrio del puerto.

Pero ¿sabéis por qué Julián quiso asistir inmediatamente á los enfermos del hospital de pobres y por qué Celestina eligió la iglesia del Monte-Oliveto para cumplir diariamente sus deberes de piedad?

Porque Loredano era uno de los protectores de la referida iglesia, su parroquia, y Angélica una de las patronas del hospicio de San Genaro de los pobres.

No es decir que la caridad del uno y la devoción de la otra no fuesen sinceros; pero además de esta razón tenían la de la asistencia de los dos Doria.

En cuanto á Celestina, hé aquí lo que le aconteció:

Una noche fué perseguida, al volver de su casa por un hombre que al acercársele le dijo:

—Mañana, si queréis, tendréis un palacio. Habéis llamado la atención de Doria.

Celestina subió con gran trabajo la escalera de su casa. Jamás la había impresionado tan vivamente la distancia que la separaba de Loredano.

Aquel mismo día poco faltó para que Julián desfalleciese al encontrarse su mirada con la de Angélica.

Pero los dos hermanos no se comunicaron su secreto.

Solamente Celestina no salió más, y Julián no dejó la casa hasta la hora de velar á los enfermos.

Estaban enfrente uno de otro, mudos y taciturnos.

Al mismo tiempo, la tristeza de Manuel, que iba á verlos todos los días, aumentaba visiblemente.

Tres veces se les presentó sin llevarles el pan

cotidiano. Celestina y Julián tuvieron hambre. Pero ¿qué vale el sufrimiento del cuerpo?

Una vez oyeron varias vecinas que conversaban diciendo:

—Loredano Doria se casa con Giovanna Pallanti de los príncipes Paleólogos, y esta noche se celebra el contrato matrimonial de Angélica con el príncipe Fulvio Coriolani.

Sus ojos no pudieron derramar lágrimas.

A Julián le ardía la cabeza. Celestina, fría y firme, dijo:—El buen Dios nos perdonará.

Y fué tapando una á una las rendijas de la ventana, mientras Julián se echaba sobre un colchón gimiendo y sollozando, pues su corazón agonizaba antes que su cuerpo.

Luego encendió el brasero y se puso á orar.

En el palacio Doria se celebraba un baile.

Manuel se había hecho agente de policía para proporcionar pan á sus queridos hijos, que desesperados buscaban un asilo en la muerte.

La ventana de la habitación que ocupaban los dos hermanos miraba á oriente. El primer rayo de sol que pasó sobre el interior de la casa de los Folquieri, penetró oblicuamente por la ventana abierta, deslizándose hasta la cama donde dormía Celestina. Esta se agitó bajo las sábanas, exhaló un profundo suspiro, y entreabriendo sus hermosos ojos debilitados por el reposo, dejó vagar en sus labios una ligera sonrisa. Así despertaba todos los días. La tristeza es tan extraña á la infancia, que aun el niño desgraciado despierta sonriendo.

Pero la sonrisa de Celestina desapareció inmediatamente de sus labios descoloridos. Una idea acababa de asaltar su espíritu.

—He soñado...—se dijo á sí misma.

Esta palabra lo significaba para ella todo: la

angustia, la desesperación más fuerte que la fe, el suicidio.

Las facciones de Celestina se contrajeron. Su mirada tímida y recelosa se deslizo al suelo y fijóse en el brasero.

Inmediatamente lanzó un grito desgarrador.

—¡Quizá Julián ha muerto!—pensó.

De un salto arrojóse de la cama y de otro se trasladó adonde estaba Julián.

Pero sus ojos inundados de lágrimas no veían. Arrodillóse al lado del mísero colchón y llamó con voz sofocada:

—¡Julián! ¡Julián!

Pero no obtuvo contestación.

—¡Ha muerto!—dijo.

Y exhalando de su pecho un desconsolado sollozo, precipitóse con desesperación sobre el cuerpo de su hermano repitiendo:

—¡Julián, Julián mío!

Por de pronto, el seminarista despertó sobresaltado.

—¿Qué hay?—preguntó frotándose los ojos.

La contestación consistió en un diluvio de besos. Celestina reía, lloraba, estaba loca.

—Pero ¿qué tienes, hermana?—preguntaba Julián sorprendido.

Este despertar brusco la producía un estado particular de perturbación. Había perdido todo recuerdo de lo pasado.

—¡Oh! ¡cuán bueno es Dios, Julián! mi querido Julián!—exclamó Celestina.—¡Vives! ¡hétete ahí! ¡te veo! La Virgen Santa no ha permitido que consumásemos nuestro crimen insensato.

—¡Nuestro crimen!—murmuró Julián sentándose en la cama.

Recobrando en seguida el recuerdo de lo pasado:

—¡Es verdad!—añadió con horror—nos habríamos condenado para siempre!... Dios, ha hecho un milagro!

Nada más dijeron. Julián besó á su hermana en la frente y le tomó la mano.

En seguida se arrodillaron ante un crucifijo.

Julián recitó en alta voz una oración con todo el fervor de su alma, mientras Celestina la repetía con igual recogimiento.

Así estuvieron mucho tiempo arrodillados derramando lágrimas de reconocimiento. Lágrimas de niños, por lo mismo, ¡inocentes lágrimas!

Pero las que se sucedieron en seguida fueron lágrimas de hombre, lágrimas de mujer! ¡Ay! amaban y su herida destiló repentinamente sangre.

La oración es el remedio supremo. Los dos se levantaron consolados con inefable sonrisa de esperanza en los labios.

La mirada de Dios los protegía.

Sentáronse en la cama de Celestina y se dieron las manos. Julián levantó los ojos al cielo y dijo:

—Todo milagro es obra de Dios; pero ¿cómo se ha realizado el de nuestra salvación? ¿Acaso has tenido fuerzas para abrir la ventana?

—Cuando me he despertado hace poco—respondió Celestina,—la ventana estaba abierta y la silla separada. Yo no me acuerdo de haberlo hecho.

—Luego alguien ha entrado aquí; ¿con qué fin?

Celestina no respondió; parecía como que cruzaba por su mente algún vago é incierto recuerdo.

—Un ladrón quizá—continuó Julián,—la Providencia se vale á veces de medios muy extraños.

—No teníamos nada que nos pudiesen robar—dijo Celestina sonriendo tristemente.

Julián acababa de levantarse con vivacidad dirigiéndose á su colchón.

—Me han robado la sotana y mi libro de oraciones—exclamó.

Ambos pasearon la mirada alrededor del aposento, y en efecto encontraron que faltaban estos dos objetos.

Sin embargo, Celestina sacudió la cabeza con aire de duda.

—Oye, Julián—dijo á su hermano;—yo no sé cómo explicarte esto, pero conservo en la memoria un lejano recuerdo de haber dejado el lugar que ocupaba al pie de mi cama, y haberme dirigido hacia la ventana, donde me parece que he visto á través de los cristales una sombra que se deslizaba á lo largo de las balaustradas de la galería.

Pasé la mano por la frente y la sentí bañada de un sudor frío.

Entonces me arrodillé delante de la silla que había á la cabecera de mi cama y me puse á orar por ti y por mí.

A medida que te hablo, me parece que todo se va aclarando y toma relieve, mis recuerdos se precisan. Mientras estaba orando, oí ruido hacia la ventana, pero continué hablando á Dios y el ruido cesó.

—Y yo—preguntó Julián,—¿qué hacía?

—Tú estabas inmóvil. Me parecía que tu sueño era tranquilo y dulce. Algunos minutos después de haber oído el ruido empezó á nublárseme el pensamiento; sentí una opresión en las sienes, los oídos me zumbaban y desde los pies me subía el frío á la cabeza.

En aquel momento tú lanzaste un suspiro.

Te llamé en alta voz y no me respondiste.

Entretanto mi inteligencia se oscurecía cada vez más, veía fuegos fatuos, oprimiéndose el pecho y sentía un vivo dolor en la nuca.

Luego vi pasar ante mis ojos á todas las per-

sonas que nos son más queridas: á nuestro pobre padre con su semblante lleno de bondad y dulzura; á nuestra madre llamándome con gesto amoroso y suave sonrisa; á ti, Julián, y al grande, altivo y feliz Loredano. Este pasó sin mirarme siquiera.

«—¡ Señor, Dios mío!—dije—¡ qué Loredano sea feliz!» Este fué mi último pensamiento.

Aquí Celestina se interrumpió. Entre sus pestañas oscilaba una lágrima.

Julián se inclinó hacia ella y besóla silenciosamente.

—Estoy segura—murmuró la joven—que tú también has visto pasar á Angélica en esa nube negra que cubre los ojos en los últimos momentos.

Julián se dió un golpe en el pecho, diciendo:

—Quiero arrancar esta imagen de mi corazón. Celestina volvió á sacudir su hermosa cabeza, y continuó:

—Una mano de hielo pareció posarse repentinamente sobre mi cráneo, hundiéndome en las regiones del olvido. Perdí el conocimiento, pero no del todo, como vas á ver... De lo profundo de ese sueño inerte, que tomaba por la misma muerte, oí que se abría la ventana...

—¿Y viste al que la abría?—preguntó Julián.

—¡Ver!—contestó Celestina—no sé si se puede llamar así distinguir una sombra confusa en una nube espesa. Las tiras de papel se rasgaron, la silla se separó, creo poder afirmar que en aquel instante mi cabeza tocaba en el suelo; sin duda me desmayé cerca de mi cama. Lo que te puedo asegurar con toda certeza es que no me acosté y que al despertar hace poco me he encontrado en el catre.

—¿Y el que entró era un hombre?

—Sí, era un hombre. Pero déjame... La luz avan-

za paso á paso en esas sombras que están tras de mí... No me interrogues más...

—¡Calla!—se interrumpió—ahora me acuerdo que vi una gran claridad en el terrado. Una multitud de hombres pasaban por delante de la ventana gritando y llamándose unos á otros.

El resplandor me descubrió al que había entrado. Estaba agachado y parecía ocultarse.

—Hé aquí por qué veo restos de antorchas de distancia en distancia—dijo Julián fijando la vista á lo largo de la galería;—algún preso se habrá evadido esta noche de Castello-Vecchio.

—Ese hombre—continuó Celestina—debió sentirse también próximo á la asfixia, porque cayó de manos, se arrastró hacia la puerta... y yo oí... ¡sí! estoy segura de haber oído que su mano tropezó en el brasero quemándose en el hierro ardiente.

Julián tomó el brasero por las asas, y pudo observar que en la parte de éste opuesta á la cama, había una gran mancha todavía húmeda.

—¡Debe tener una llaga!—dijo Julián.

Celestina se pasó la mano por la frente.

—Y sin embargo no gritó... no... yo no le oí quejarse. Abrió la puerta con mucho trabajo... y luego... no me acuerdo de más. El debe haberme colocado en mi cama.

Lo más particular es, Julián, querido hermano, que su semblante se parecía tanto al tuyo, que sin su aspecto más viril, más fuerte y de más edad, se le pudiera tomar por ti mismo.

Celestina inclinó su cabeza, inquieta y bañada de sudor, sobre su pecho, y no hizo más esfuerzos para despertar sus recuerdos. Sin embargo, no pudo menos de añadir:

—No, no era un ladrón. Un ladrón no podría parecerse tanto á ti que eres un ángel.

—Mi querida hermana—dijo Julián después de

un corto intervalo de silencio:—mi corazón re-
bosa de gratitud hacia la divina Providencia. En
todo lo que has contado sólo veo la bondad in-
agotable de Dios. Tengamos valor, querida Ce-
lestina. ¿Qué es este tiempo de prueba tan pron-
to pasado que se llama vida?

—Siento una voz interior que me anuncia un
cambio en nuestra existencia—murmuró la joven
con los ojos medio cerrados y fijos.

Parecía una sonámbula.

Antes que Julián pudiese replicar, repuso brus-
camente: —¡La bolsa!... ¿dónde está la bolsa?

Julián la miró con inquietud.

Esos choques repetidos, después de largos y
acerbos sufrimientos, ¿habrían alterado la razón
de la pobre niña?

—¿Qué bolsa?—preguntó Julián con dulzura.

Celestina se abalanzó hacia la mesa, separó el
papel, y apoderóse de la bolsa que la anciana
Berta había escondido debajo. Julián quedó es-
tupefacto.

—¡El la ha dejado aquí!—exclamó Celestina—
no, no, no es un ladrón.

En este instante una sombra movible cruzó por
el piso del corredor.

La escalera tomaba luz por una ventana estre-
cha y alta; entre la ventana y la puerta debía
haber un hombre.

Pero su llegada no había sido precedida de nin-
gún ruido, quizá estaba allí desde mucho tiempo.

Ni Celestina ni Julián habían observado esta
sombra que se hallaba ahora inmóvil más allá
de la puerta.

Celestina levantaba la bolsa y decía con aire
jovial:

—¡Cuando te decía yo que nos iba á sobrevenir
alguna felicidad!

Esta bolsa era hermosa y rica, pero el hurto
de la anciana Berta la había vuelto muy ligera.

—Hay en ella letras de perlas—dijo el santo
joven;—así sabremos el nombre de nuestro bien-
hechor.

Luego que Celestina se puso á leerlas, tornóse
pálido su rostro.

—¿Qué hay?—preguntó Julián.

Este tomó la bolsa de manos de su hermana
que procuraba retenerla, y al primer golpe de
vista supo el nombre formado por las perlas ele-
gantemente entrelazadas.

Las letras de perlas formaban estos dos nom-
bres:

«Fulvio Coriolani.»

—¡Coriolani!—murmuró—¿por qué ha venido á
mi casa el príncipe Coriolani?

En aquel momento la sombra se movió al otro
lado de la puerta: la silueta de Pedro Falcone
se presentó en el umbral.

V

La separación

Al salir Pedro Falcone del aposento-dormitorio
de Johann Spurzeim, vestido de pantalón y re-
dingote negros, y con la capa doblada sobre el
brazo, presentaba el aspecto de un caballero.

La cuestión de saber cuánto tiempo había es-
tado escuchando, es ociosa, pues estamos persua-
didos de que oyó lo suficiente.

Su vista contuvo la cólera de Julián próxima
á estallar.

Los colores subieron á las mejillas de Cele-
stina.

Esta conocía á su hermano mejor que él mis-
mo. Le creía afable, generoso, compasivo, y bue-
no como un ángel, pero sabía que en un rincón

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"

Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Ignorado de su pecho existía un tesoro de fuerza inactiva, de valor ocioso y en cierto modo economizado, que podía hacer explosión en un instante dado con indomable y salvaje violencia.

Julián era un santo. Sólo Celestina sabía en el mundo que esa superficie tranquila ocultaba un temperamento fogoso.

Ella le había observado atentamente porque le amaba con toda su alma, y al sondear ese corazón enfermo, encontró en el fondo un solo sentimiento malo: unos celos furiosos, un odio implacable contra el príncipe Fulvio Coriolani.

Este odio había nacido con el amor que llenaba su existencia.

La primera palabra que oyera de los labios de Angélica fué el nombre del príncipe Coriolani.

Julián sabía que la Doria le amaba.

El príncipe Fulvio era públicamente el prometido esposo de Angélica.

Antes de atentar á sus días había pensado en matar á ese rival, cuya radiante felicidad insultaba su miseria.

Celestina no había visto jamás al príncipe Fulvio Coriolani.

Los vagos recuerdos de aquella noche, esa especie de sueño del cual conservaba una idea confusa, no la preocupaban en aquel momento. Lo que la hacía palidecer era la cólera de Julián; pero la llegada del extranjero debía producir un efecto en su ánimo, que alegraba á la pobre hermana del seminarista.

Pedro Falcone entró sin pedir permiso y dirigióse hacia Julián que aun tenía en la mano la bolsa de perlas.

Pedro Falcone la examinó y preguntó secamente:

—¿El príncipe Coriolani acostumbra á visitas de noche?

Y sin aguardar contestación, levantó el brazo, y lo examinó minuciosamente.

Julián le miraba estupefacto. No conocía el mundo y por consiguiente ignoraba cómo castigar semejante insolencia. Celestina contestó por él:

—Caballero, aun no nos habéis dicho con qué derecho venís á interrogarnos.

Pedro Falcone dejó el brazo.

—La mano debe conservar la huella de esta quemadura—dijo á media voz.

Después volviéndose hacia Celestina añadió:

—Joven, la casualidad me ha hecho oír las últimas palabras que habéis pronunciado. Habéis dicho: «—Una voz interior me anuncia que nuestra vida va á cambiar...» Esa voz no os ha engañado. Os halláis en presencia del hombre que va á realizar vuestro pensamiento. Vuestra vida cambiará, ya cambia, ya está cambiada, porque desde este momento, vuestro pasado no es más que un sueño angustioso, y podéis sin temor dirigir vuestras miradas hacia un porvenir risueño.

Una sospecha asaltó á Celestina y dijo:

—Este es otro emisario de Loredano Doria.

Julián estrujaba la bolsa entre sus dedos convulsivamente cerrados, no pensando más que en el príncipe Fulvio Coriolani.

—¿Hay algo en este mundo más cruel que la limosna procedente de una mano enemiga?

Pedro Falcone repuso dirigiéndose á Julián:

—Joven, es necesario que me sigáis.

—¿Seguiros?—repuso Julián—y ¿por qué?

—Vuestro padre Manuel os espera—replicó Pedro Falcone.

A este nombre desvaneciéronse todas las sospechas de Celestina. Julián se acercó al extranjero.

—¿Venís de parte de nuestro padre?—le preguntó.

Pedro Falcone hizo un signo de cabeza afirmativo.

—¿Y no puede acompañarme mi hermana?

—No; la carga que se os quiere imponer, requiere un hombre.

—¿Qué carga? ¿no podéis explicaros más claramente?

Pedro Falcone dijo con acento solemne:

—Joven, no traigo la misión de daros instrucciones. Un hombre más poderoso que yo, os anunciará una buena noticia. Pero sí puedo deciros una cosa: un nombre ilustre es siempre una carga.

—¡Un nombre ilustre!—repitieron á la vez los dos hermanos.

Los ojos de Celestina brillaban. Julián permanecía frío y como perplejo.

Pedro Falcone continuó:

—Habéis invocado una vida nueva; yo me presento á vosotros como el genio mensajero de un cuento de hadas: os traigo la nueva vida; todo un pasado que no es el vuestro y al que debéis enlazaros; amores y odios; una familia y una venganza.

—¡Hablad! en nombre del cielo—exclamó la joven.

Pedro Falcone le dirigió una sonrisa. Luego su mirada se volvió hacia Julián con recelosa desconfianza.

Los ojos de éste brillaban con fuego sombrío mientras repetía:

—¡Amores y odios!... yo tengo mis odios y mis amores.

Pedro Falcone señaló la bolsa que Julián tenía aún en las manos, y consecutivamente la mancha rojiza que había en el brasero.

—Esta bolsa y este brasero son para vos dos armas de doble filo—le dijo:—ambos servirán para

saciar vuestro amor y aplacar vuestro odio. ¡Vámonos!

Julián dió un paso hacia su colchón; luego se detuvo.

—No tengo traje—murmuró,—me lo han robado.

Pedro Falcone extendió su capa y se la echó sobre los hombros.

—Cuando os halléis delante de aquel que debe interrogaros é instruiros—repuso lentamente,—le diréis por qué os presentáis vestido así; esta será vuestra arma tercera, que matará á vuestro enemigo. ¡Vamos!

Julián estaba indeciso. Celestina echó sus brazos alrededor de su cuello y le dijo en voz baja:

—Nunca nos hemos separado, querido hermano; no creo en este hombre, pero tengo fe en Dios y mi corazón me dice que esta hora es solemne. Aquí te aguardaré; vuelve pronto.

Y estuvieron largo tiempo abrazados.

En seguida Julián se irguió y dijo con firmeza:

—Ya estoy dispuesto, vamos.

Pedro Falcone saludó á Celestina.

—Señorita—le dijo saliendo el primero,—no esperaréis mucho tiempo; seguid al que vendrá, como yo, en nombre del buen Manuel Giudicelli, vuestro padre adoptivo.

Celestina escuchó los pasos de su hermano que se alejaba.

Y sentóse al pie de su cama donde poco antes estaba con Julián. El aposento le parecía inmenso y vacío.

Era la primera vez que se veía sola.

Todas esas ideas de esperanza que la habían exaltado, se desvanecieron. Arrepintióse de haber dejado partir á Julián, y su angustia se exhaló en estas palabras que llenaron sus ojos de lágrimas:—¡Y si no volviese á verle!